

CAPÍTULO XXVIII

El senado dispone que se ataque de noche el campamento español.—Jicotencatl da el asalto.—Es derrotado por los españoles.—Envia Cortés otra embajada proponiendo la paz.

Mientras Hernan Cortés hacia sus excursiones por las aldeas circunvecinas esperando la respuesta del senado respecto á sus proposiciones de paz, veamos lo que habian determinado los miembros que componian el gobierno de la república.

El descalabro sufrido por el ejército tlaxcalteca el día 5, habia llenado de consternacion á la nacion entera. Al recibir la fatal noticia, se reunieron los senadores para

tratar lo que debia resolverse respecto de la paz ó de la guerra. El anciano Maxixcatzin, que desde el principio habia opinado por que se recibiese bien á los extranjeros, volvió á hablar en el mismo sentido. Ponderó el noble comportamiento de Cortés poniendo libres á los prisioneros cuando habia sido atacado, obrando de una manera opuesta á la de las naciones de Anáhuac que los sacrificaban: dijo que la república habia hecho todo lo que le correspondia hacer, enviando á la lucha sus mejores tropas y sus mas valientes generales; pero que toda vez que el valor y la fuerza nada podian contra los admirables extranjeros, debia suponerse que los dioses desaprobaban la lucha empezada contra ellos. Maxixcatzin terminó diciendo, que se debia aceptar la alianza de los españoles porque la consideraba digna y salvadora.

Aunque el discurso de Maxixcatzin pareció bien á los que consultaban con la prudencia y la conveniencia de la paz, encontró oposicion en los que, aficionados á la guerra, esperaban aun arrancar la victoria de las manos de sus contrarios. El anciano Jicotencatl, el padre del bravo general, atendiendo á los deseos de éste por que se continuase la lucha, manifestó que el honor de las armas nacionales exigia que no se cesase en tanto que hubiera guerreros que oponer al paso de los extranjeros. Dijo que siendo mortales los españoles, lo mismo que los tlaxcaltecas, tendrian que sucumbir en el momento en que la fortuna se les manifestase contraria. El orador terminó diciendo que su opinion era que se continuase la guerra, hasta perder toda esperanza de triunfo.

Viendo dividida la opinion entre la paz y la guerra, se

recurrió á los dioses, para que, por medio de los sumos sacerdotes, indicasen lo mas conveniente al Estado y á la religion.

La respuesta dada por los intérpretes de la voluntad de las falsas deidades, fué, como era de esperarse, favorable á la guerra. Los españoles marchaban derribando los ídolos y quitando á sus sangrientos ministros el influjo que ejercian en la sociedad, y en sus intereses estaba impedir su llegada. Dijeron que la superioridad de los extranjeros era solamente durante el dia, pues siendo realmente hijos del sol, éste les hacia invencibles mientras brillaba en el cielo; pero que retirado el astro de la luz, quedaban sin vigor y sin fuerza, pudiendo ser vencidos fácilmente por sus contrarios. Dada esta contestacion, aconsejaron que se les atacase de noche, augurando, con acento seguro, un fácil y pronto triunfo.

El razonamiento de los sacerdotes satisfizo á los senadores; y admitido el consejo, se dispuso que el jóven Jicotencatl, á la cabeza de diez mil hombres de su ejército, asaltase de noche el campamento español.

El bravo general tlaxcalteca recibió la órden con indecible júbilo. Anhelaba lavar sus pasadas derrotas con una victoria decisiva, y se preparó á dar el golpe de muerte sobre sus contrarios.

Hernan Cortés ignoraba la resolucion del senado. Todo se habia hecho con el mayor secreto, y solamente el general tlaxcalteca sabia la determinacion tomada.

Lleno de noble ambicion de gloria, Jicotencatl salió á la cabeza de diez mil hombres de lo mas granado de sus guerreros, hácia el campamento español con objeto de

sorprenderle. Divididas sus fuerzas en tres columnas, avanzaban sigilosamente, protegidos por las sombras de la noche, para caer simultáneamente por tres puntos, sin dar lugar á que pudiesen acudir á las armas.

El pequeño ejército español dormía tranquilamente, olvidando con el sueño sus miserias y sus fatigas. Pero aunque descansaba, todos los soldados estaban vestidos y armados, como tenían costumbre, para acudir al peligro á la menor voz de alarma. Los jinetes, sin quitarse ni aun las espuelas, dormían al lado de sus caballos, que estaban siempre ensillados y con el freno puesto, colocadas las riendas en el arzon.

También Hernán Cortés acababa de entregarse al reposo.

Nada se movía en el cuartel español.

Solamente los centinelas colocados á conveniente distancia del campamento, vigilaban por todos sus compañeros.

Las tropas tlaxcaltecas avanzaban entre tanto á paso veloz, ansiosas del momento de la sorpresa. Pronto se vieron á pocas varas del sitio anhelado.

Un centinela español de caballería se encontraba en el camino que llevaban. El caballo levantó de repente la cabeza como si algún peligro amenazase. El centinela, avisado por aquel movimiento, aplicó el oído y escuchó el inevitable ruido que produce la marcha de un numeroso ejército. Alarmado y receloso, tendió la vista hácia donde los pasos se escuchaban, y descubrió á los batallones tlaxcaltecas. El mismo ruido de numerosa gente que se acercaba, escucharon los demás vigilantes colocados en el

campo, y todos volaron al campamento á dar la voz de alarma (1).

Instantáneamente se formó el ejército español, y se colocó en los puntos convenientes. Cortés montó inmediatamente á caballo y se puso al frente de su pequeño escuadrón.

Los tlaxcaltecas, conducidos por sus más valientes capitanes y animados por el intrépido Jicotencatl, acometieron con ímpetu indecible el campamento español, penetrando en él por tres puntos. Una lluvia de flechas de dos puntas cayó sobre los soldados españoles, á la vez que sintieron los terribles golpes de las macanas y de las lanzas. El afán de los guerreros indios era hacer prisioneros á sus contrarios para honrar á sus dioses con el sacrificio de ellos. Pero los españoles estaban dispuestos para el combate, y recibieron á sus contrarios con el fuego de sus arcabuces, los tiros de sus ballestas y las cortantes hojas de sus espadas. Los tlaxcaltecas, que habían creído sorprender, se hallaron, por el contrario, sorprendidos al verse acribillados por todas partes. Habían creído á sus contrarios desprovistos de energía y de vigor para combatir cuando el sol no alumbraba la tierra, y el engaño desanimó sus corazones. Vieron que los augures carecían de ciencia para conocer á los incomprensibles extranjeros, y aterrados por el fuego vivísimo de los ar-

(1) Prescott dice que el vigilante descubrió á lo lejos al ejército tlaxcalteca, favorecido por la luz clara de la luna; pero Bernal Díaz, que se hallaba presente, asegura que, «como sintieron su gran ruido que traían, á mata-caballo vinieron nuestros corredores del campo y los espías á dar el arma.» Yo sigo al veraz testigo ocular.

cabuces, cuyo fognazo aparecía mayor y mas brillante en la oscuridad de la noche, volvieron las espaldas, emprendiendo en confuso tropel la fuga.

Hernan Cortés, aprovechándose del terror que se habia apoderado de los guerreros tlaxcaltecas, sin que él comprendiese su causa, salió con los soldados de caballería en su persecucion, hiriendo y derribando á centenares de contrarios que en desordenada confusion se retiraban sin oponer resistencia. La luna, que alumbraba tenuemente en aquel instante, contribuía á aumentar el asombro de los que huían. Los caballos y los jinetes aparecían á sus ojos con las gigantescas y misteriosas formas que les prestaba su imaginacion profundamente preocupada; y aquellos hombres que de dia habian esperado á pié firme á los corceles, no se atrevían á volver el rostro para mirarles. Un terror pánico, originado por la supersticion, se habia apoderado de la multitud, á la cual en vano procuraba Jicotencatl inspirar su esfuerzo y su aliento. Nadie escuchaba su voz, y muchos muertos y heridos quedaron abandonados en el campo, contra la costumbre de los ejércitos de aquellos países.

Los soldados de caballería, despues de haber perseguido por un rato á sus contrarios, volvieron al campamento, donde encontraron á sus compañeros contentos del triunfo alcanzado.

Muchas debieron ser las pérdidas sufridas por el ejército de Jicotencatl, cuando su activa y numerosa ambulancia se vió precisada á dejar sobre el sitio del combate veinte guerreros muertos.

Los españoles tuvieron muchos heridos levemente, y

dos de bastante gravedad, un muerto de los aliados cempoaltecas (1), y un caballo herido.

Aunque no se esperaba un nuevo ataque, los centinelas se volvieron á colocar en los sitios avanzados, y el resto del ejército volvió á entregarse al sueño, pero vestido y armado para estar dispuesto siempre al combate.

Los daños recibidos por los españoles en el asalto nocturno, se vieron patentemente al nacer el nuevo dia. No habia un solo soldado que se hubiese librado de recibir el golpe de las armas de sus contrarios. «Todos nos vimos—dice Bernal Diaz—heridos de á dos y á tres heridas y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados». El mismo Hernan Cortés se encontraba enfermo de calenturas contraídas en la costa, y el padre Olmedo sufría la misma penosa enfermedad. La falta de alimentos, la carencia absoluta de sal, el intenso frio, que se hacia aun mas sensible porque acababan de dejar la abrasada costa; la precision de acostarse vestidos y armados; las fatigas de las frecuentes batallas; la constante vigilancia para evitar una sorpresa; la falta de medicinas y la actitud hostil que continuaba teniendo el infatigable Jicotencatl, que parecia

(1) Prescott dice «que Cortés determinó no esperar el asalto en sus atrincheramientos, sino salir y atacar al enemigo cuando hubiese llegado á la falda de la colina,» y que fueron los tlaxcaltecas «sorprendidos por el terrible grito de guerra de los españoles, seguido de la instantánea aparicion de todo el ejército, que salió de sus fortificaciones y descendió por las laderas.» Pero segun Bernal Diaz, que estuvo en la accion, la salida fué despues de que los tlaxcaltecas dieron el asalto y se retiraban. «Juntó, dice, obra de diez mil indios, los mas esforzados que tenia, y vino á nuestro real, y por tres partes nos comenzó á dar una mano de flechas y tirar varas con sus tiraderas de un gajo y de dos, y los de espadas y macanas y montantes por otra parte; por manera que de repente tuvieron por cierto que llevarian algunos de nosotros para sacrificar.»

dispuesto á no descansar hasta no ver destruidos á sus contrarios, preocuparon profundamente el ánimo de una gran parte del ejército. Les parecia imposible á muchos soldados, salir triunfantes de aquella desigual lucha; pero aun cuando lograsen terminar la guerra con los tlaxcaltecas, creian que no les seria dable continuar la empresa comenzada. Ignoraban á dónde podrian dirigirse, dado el feliz caso de que los tlaxcaltecas no les acosasen, pues «entrar en Méjico, dice Bernal Diaz, teníamoslo por cosa de risa, á causa de sus grandes fuerzas». Las críticas circunstancias expuestas, unidas á la absoluta ignorancia en que estaban respecto de la guarnicion que habian dejado en la Villa Rica, aumentaban la inquietud de la mayoría.

Pero no en todos se habia fijado la idea alarmante de juzgar imposible el buen éxito de la expedicion. Hernan Cortés, y muchos de sus esforzados capitanes y soldados, veian en lontananza el brillante premio de los trabajos y de los combates presentes. Las heridas y las privaciones tenian para ellos sus encantos, pues daban mayor mérito á la gloria que anhelaban, y argüian su celo por el establecimiento de la cruz y por el servicio de su rey.

Procurando Hernan Cortés sacar provecho de la impresion que debió producir en el senado el mal éxito del ataque nocturno en que habia cifrado sus esperanzas, dispuso enviar otra nueva embajada al gobierno tlaxcalteca. Eligió para mensajeros á cuatro nobles que habian caido prisioneros en el asalto, y á los cuales hizo comparecer á su presencia. El jefe español les dijo, por medio de Marina y Aguilar, que desde aquel instante quedaban en

libertad, y que les suplicaba llevasen al senado una embajada. Los prisioneros se manifestaron agradecidos á la generosidad, y ofrecieron desempeñar lealmente la comision que se les daba.

La embajada se reducía á invitar á la república á una franca union con los españoles, dando al olvido las hostilidades pasadas, y á la terrible amenaza de destruir la ciudad, si aun se persistia en sostener la guerra.

La jóven Marina, al transmitir las palabras del jefe español, comunicadas á ella por Gerónimo de Aguilar, usó de las voces mas persuasivas, y les suplicó que hiciesen saber al senado los grandes bienes que á la república le resultarian de la paz con los castellanos, así como los funestos males si continuaban en la lucha.

Los tlaxcaltecas salieron admirados de la dulzura á la vez que de la entereza de la intérprete mejicana.

Pero no solo á los tlaxcaltecas y cempoaltecas llamaba la atencion la amabilidad y el valor de la simpática india Marina, sino tambien á los soldados españoles. Bernal Diaz dice que tenía «esfuerzo varonil»; que á pesar de oír diariamente las terribles amenazas de que serian sacrificados todos los españoles y los que con ellos iban; de verse cercada, con el ejército, por los escuadrones tlaxcaltecas, y de ver á todos los castellanos «heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.»

Los mensajeros ofrecieron á Marina repetir fielmente las palabras por ella dichas, y salieron del campamento español, desapareciendo á poco en el camino que conducía á la capital de Tlaxcala.

Los soldados castellanos, al verles partir, quedaron fluctuando entre el temor y la esperanza de una favorable contestacion.

Segun la creencia de los que juzgaban quimérico el proyecto de marchar á Méjico, la contestacion del senado seria enviar nuevos ejércitos. Segun la opinion de los que participaban del espíritu de Cortés, la paz se celebraria dentro de breve tiempo.

Los acontecimientos nos dirán quiénes acertaban.

CAPÍTULO XXIX

Hace otra incursion Cortés por los pueblos inmediatos.—Manifestaciones de descontento en el campamento español, contra el proyecto de ir á Méjico.— Los descontentos se presentan á Cortés.— Contestacion de éste.— Queda resuelto no retroceder.— Sin Cortés se hubiera abandonado la empresa.

Habian transcurrido dos dias desde el terrible asalto nocturno.

La contestacion del senado á la embajada, no se recibia aun.

El país presentaba el mismo aspecto hostil que al principio.

El bravo Jicotencatl se hallaba con su numeroso ejército en el punto donde se habia colocado al empezar la campaña.